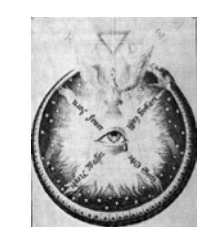




GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS Y MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 13

1 de Noviembre de 2.007

S U M A R I O



JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ
(1730-1824)

Por Jean-François VAR[1]

Jean Baptiste Willermoz nació en Lyón el 10 de julio de 1730, y murió en la misma ciudad el 29 de mayo de 1824. Fue un Masón de una envergadura excepcional, de aquellos que no se dan muchos en un siglo. Resulta innegable que ha sido una de las personalidades más eminentes y considerables de la historia de la Masonería – especialmente de la Masonería francesa, aunque no únicamente de ella– y que ejerció sobre su evolución, una influencia determinante. Verdadero padre fundador del Régimen Escocés Rectificado, fue el arquitecto en jefe de un edificio que todavía subsiste duraderamente, a pesar de haber sufrido sorprendentes vicisitudes de todo tipo. Durante largo tiempo, ha estado de moda adoptar a propósito de Willermoz, un tono denigrante y burlón, que podemos encontrar a porfía bajo la pluma de Paul Vulliaud, de Alice Joly, de René le Forestier, de Pierre Chevalier, etc... El primero en dar la vuelta a esta tendencia fue Antoine Faivre, cuando en 1973, en su "El Esoterismo en el Siglo XVIII", escribía: "Podemos decir de él que alcanzó un alto nivel de espiritualidad, y que su amplitud de miras era poco común. Se mostró dotado, tanto para la meditación como para la iluminación interior, al igual que para la organización o la administración. La Revolución, por poco resulta fatal para su obra, pero se le ha considerado siempre como uno de los más grandes personajes de la historia masónica." (pág. 176). Desde entonces, y en particular con la salida a la luz de numerosos documentos y archivos, la grandeza del personaje se ha ido imponiendo día a día.

Proveniente de una antigua familia burguesa de Saint-Claude, cerca de París (cuyo patronímico se ortografiaba Vuillermoz), y que, según documentos aportados por la propia familia, eran de origen español; su padre se instaló en Lyon como comerciante mercero. Jean-Baptiste, el mayor entre doce hermanos de ambos sexos, fue muy pronto proyectado a la vida activa. A la edad de 14 años, entraba como aprendiz al servicio de un comerciante de sederías, y a los 24 montaba su propia empresa de manufactura. Poco antes de Wilhelmsbad, una nota lo describe como "fabricante de tejidos de seda y plata y comisionista en sederías." En 1782 vendió su establecimiento, conservando no obstante intereses en el negocio de mercería de su hermano Antoine y de su cuñado Pierre Provensal, marido de su hermana mayor Claudine.

A pesar de consagrar a la Francmasonería lo esencial de su larga vida, se comprometió activamente en la vida de su ciudad, conforme al espíritu de las reglas que él mismo había dictado para los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa; es decir, poniendo sus facultades de organizador y administrador al servicio de la religión y la beneficencia en su más amplio término. En esta línea, fue sucesiva o simultáneamente, administrador del hospital (durante el peligroso período del Terror, en 1793), luego lo fue de los hospicios civiles de Lyon, miembro del consejo parroquial de San Policarpo; como consejero general del departamento del Rhôn, se ocupó de la instrucción primaria, acabando por ser un agricultor apasionado... Willermoz lo fue todo, salvo un Masón de salón.

Sin embargo, es por su obra masónica que ha pasado a la posteridad. Iniciado en 1750 a la edad de 20 años en una logia cuyo nombre se ignora, franqueó muy rápidamente todos los escalones. Elegido Venerable apenas dos años más tarde, en 1752, siente la necesidad de poner orden en una situación "marcada por abusos a los que cada vez se les daba mayor crédito", contribuyó a formar, en 1760, la Gran Logia de los Maestros Regulares de Lyon, reconocida en 1761 por la Gran Logia de Francia. Después de haber sido su Presidente entre 1762-63, obtiene poder ser "Guarda de sellos y archivos", función que debería ser de su preferencia, pues la ocuparía en todos, o casi todos los organismos a los que perteneció, y que le permitía sacar partido de la correspondencia de negocios que mantenía con Europa entera, pudiéndose librar de este modo a una de sus actividades favoritas: recoger, estudiar y

[1] Publicado en la web *Franc-Maçonnerie Française* - www.fm-fr.org . © Traducción de Ramón Martí Blanco, Soberano Gran Maestro / Gran Prior del Gran Priorato de Hispania – **www.rectificado.org**

comparar los rituales de todos los grados posibles. Y ello, no por gusto de coleccionista, sino por razones mucho más profundas, las cuales expondrá en una carta de noviembre de 1772 al barón de Hund, fundador de la Estricta Observancia: "Desde mi primera admisión en la Orden, he estado siempre convencido que ésta encerraba el conocimiento de un fin posible y capaz de satisfacer la honestidad humana. De acuerdo a ésta idea, he trabajado sin descanso por descubrirlo. Un estudio continuado de más de veinte años, una correspondencia particular y muy extensa con hermanos instruidos de Francia y fuera de ella, la custodia de los archivos de la Orden en Lyon, confiada a mi cuidado, me han procurado buena cantidad de medios para mis propósitos...". A efectos del estudio de los "altos grados" de los que iba teniendo conocimiento, constituyó una suerte de "laboratorio", un capítulo reservado a una "pequeña sociedad": el capítulo de los Caballeros del Águila Negra, del que confió la presidencia a su hermano Pierre-Jacques.

El objeto de sus investigaciones, es decir, el verdadero fin de la Francmasonería, le fue revelado cuando fue admitido, en marzo de 1767, por Martinez de Pasqually en persona, en su Orden de los Caballeros Masones Elegidos Cohen del Universo. En otra carta, igualmente de 1772, a otro dignatario de la Estricta Observancia, el barón Landsperg, Willermoz se explica con discreción pero con nitidez: "Ciertas felices circunstancias me procuraron la ocasión durante mis viajes de ser admitido en una sociedad, bien estructurada y no muy numerosa, cuyo objetivo me sedujo, ya que me fue presentado fuera de las reglas ordinarias. Desde entonces, todos los sistemas restantes que yo conocía (pues no puedo juzgar los que no conozco) me parecieron fútiles y repulsivos. Es el único en que he encontrado esa paz interior del alma, la mayor ventaja de la humanidad, relativa a su ser y a su principio." De hecho, convencido de haber descubierto la verdad de la Masonería, Willermoz no la dejará jamás y, en despecho de las apariencias y a lo que se haya pretendido, permanecerá fiel a su iniciador Martinez, a su doctrina y a su Orden.

Después de haber sido recibido, como bien acaba de decir, en el curso de una ceremonia plena de emoción (ceremonia que Willermoz relataría en 1781 a Charles de Hesse), el Gran Soberano, que había descubierto sus capacidades, lo nombra poco después "Inspector General del Oriente de Lyon y Gran Maestro del Gran Templo de Francia". En mayo de 1768, el Sustituto Universal de la Orden de los Elegidos Cohen, Bacon de la Chevalerie, lo ordena Réau-Croix, pero como fuere que esta ordenación se llevó a cabo sin la autorización de Martinez, éste planteó dudas sobre su perfecta regularidad, por lo cual decidió confirmarla dos años más tarde, en 1730, por la "vía simpática", es decir, a distancia, método frecuentemente utilizado para las operaciones de los Elegidos Cohen, especialmente durante los trabajos del equinoccio.

Willermoz se tomó muy en serio las funciones que le habían sido conferidas y, meticuloso como era, fue entre los discípulos de Martinez el que más le presionó por obtener los rituales, instrucciones y otros documentos necesarios a los Cohen para poder trabajar. A este respecto, su correspondencia con Saint-Martin, a la sazón secretario de Martinez, es de lo más interesante, incluyendo las notas establecidas por Willermoz para la práctica de los rituales Cohen. En contra de la regla que él mismo se había impuesto para los otros sistemas – incluyendo el suyo, el Régimen Escocés Rectificado – conservó la dirección del Templo de Lyon, manteniéndolo en actividad desde poco después de la disgregación de la Orden de los Elegidos Cohen, hasta los primeros desórdenes de la Revolución. Prueba del respeto reverencial que Willermoz otorgaba a la obra de su maestro, es que nunca aportó el más mínimo cambio a la Orden de los Elegidos Cohen que dejó completamente al margen de su gran empresa de reforma – de rectificación – de la Masonería. En fin, en lo que concierne al hombre, en despecho de los tira y afloja o diferencias recíprocas, inevitables por otra parte en personas de naturaleza y carácter tan característicos y contrastados, le tuvo siempre la mayor de las consideraciones en tanto que maestro iniciador, escribiendo en este sentido, en 1821, en su ya extrema vejez: "...éste hombre extraordinario como no he conocido otro igual."

Y es que Willermoz había hecho suya de entrada, y para siempre, la doctrina de la reintegración, doctrina que desde entonces estimó que debía ser, y debía serlo para siempre, la base de la Masonería primitiva y auténtica. Si acaso esta doctrina era ausente de tal o cual sistema masónico, ello era la señal inequívoca de que éste era de naturaleza "fútil o repulsivo" o incluso "apócrifo", decía, tomando prestado el término y la idea de Martinez.

El descubrimiento de la doctrina de Martinez no disuadió en absoluto a Willermoz de continuar sus investigaciones sobre todos los sistemas masónicos que caían en su mano, y de solicitar también a sus numerosos corresponsales, a menudo príncipes, como era el caso de Charles de Hesse, el intercambio de "luces" sobre los mismos. Pero se ha confundido completamente el sentido de estas investigaciones, que se han presentado como una búsqueda incesante y siempre inacabada de la verdad. Nada más erróneo. Ésta verdad, Willermoz estaba convencido de haberla recibido, y ella le satisfacía por entero. Si continuaba buscándola más allá de la Orden de Martinez, era absolutamente en otro sentido: su intención era reunir en un solo manojo todos los sistemas masónicos auténticos, auténticos por que por hipótesis, comportaban la misma doctrina, o mejor aún, retomando una imagen que Willermoz utilizaba a menudo, por reunir las ramas salidas de un mismo tronco. Esta "reunión general de todos los ritos y sistemas masónicos" era una idea que perseguía desde hacía largo tiempo, y que expuso públicamente ante el Convento de Wilhelmsbad, idea que encuentra eco en la titulación oficial de las Logias del Régimen Escocés Rectificado, que no es otro que: "Logias Reunidas y Rectificadas".

Es en este sentido y no en otro como hay que interpretar su adhesión y la de los grupos de los que era su principal inspirador, en Estrasburgo y en Lyon, y en la Estricta Observancia, dicha también Masonería reformada o rectificada de Dresde. No obstante, esta adhesión con la Estricta Observancia alemana se hizo sobre la base de un completo equívoco: cuando el barón de Weiler, emisario de Charles de Hund, hablaba de "restablecer la Orden a su primer estado", éste entendía por ello el restablecimiento de la Orden del Temple abolida en 1313, mientras que Willermoz sobrentendía en sus palabras el retorno a la Masonería primitiva tal como Martinez enseñaba. Más adelante, Willermoz le confesaría a Charles de Hesse haberse sentido "caer del nimbo" al encontrarse, para sorpresa suya: "ante un sistema (la Estricta Observancia) sin bases y sin pruebas" y con una "profunda ignorancia sobre las cosas esenciales". La prueba – si acaso hay necesidad de ella – del valor que Willermoz daba a la doctrina de Martinez es que, después de la partida a Santo Domingo del Gran Soberano, y de su inesperada muerte, sintió la viva necesidad de organizar en su casa de Lyon, de enero de 1774 a octubre de 1776, unas "instrucciones" o "lecciones" de las que tanto Saint-Martin, como Hauterive o él mismo participaron, como instructores o como secretarios de sesión.

Sin embargo, como se suele decir, no hay mal que por bien no venga. El perfecto conocimiento que Willermoz tenía del panorama masónico francés y europeo le llevó rápidamente a la conclusión de que el sistema de Martinez era verdaderamente demasiado heterogéneo en relación a la Masonería de su tiempo para poderse implantar de manera duradera, y con mayor motivo para suplantar las otras. Ello obedecía, en el fondo, a la doctrina y, en la forma, al hecho de que el sistema de Martinez era en realidad una crypto-masonería, o si se nos permite decirlo, una "Masonería más allá de la Masonería". En cualquier caso, de acuerdo con Willermoz, la doctrina era la única verdadera, la única con capacidad para expresar la auténtica verdad de la Masonería.

Fue entonces cuando tuvo la genial idea de constituir su propio sistema que transmitiría, a la vez por la enseñanza y por la iniciación, ésta verdad y que, por añadidura, protegería en su fuero interno la Orden de los Elegidos Cohen. El resultado fue el Régimen Escocés Rectificado, que sería oficialmente sancionado, a nivel de Francia, por el Convento de las Galias, hecho en Lyon entre noviembre / diciembre de 1778, luego a nivel internacional, por el Convento de Wilhelmsbad, en Alemania, entre agosto / septiembre de 1782.

Éste Régimen está dotado de una arquitectura concéntrica, compuesta por sucesivos círculos, que son en número de tres:

La **Clase Simbólica u Orden Masónica**, con sus cuatro grados de: Aprendiz, Compañero, Maestro y Maestro Escocés;

La **Orden Interior**, la cual es caballeresca, con sus grados, o quizá mejor etapas, de Escudero Novicio – que es un período de prueba – y Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa.

Estos dos primeros círculos constituyen lo que Willermoz denomina las "**clases ostensibles**" del Régimen. Ellas contienen lo esencial de las formas exteriores o grados masónicos y caballerescos en vigor en Francia y Alemania (usos de lo que se llamará más tarde el Rito francés, grados "escoceses", Estricta Observancia), mediante las adaptaciones nada deleznables exigidas por la doctrina.

Viene a continuación un tercer círculo, la "**Clase Secreta**" de la Profesión y Gran Profesión, capital innovación de Willermoz, en la que "los Hermanos de las clases inferiores que sean juzgados dignos son iniciados, después de las pruebas requeridas, en el conocimiento de los misterios de la antigua y primitiva Masonería y son reconocidos aptos para recibir la explicación y el desarrollo final de los emblemas, símbolos y alegorías masónicos" (Art. 1º de los Estatutos).



Estos tres círculos o clases constituyen el **Régimen Escocés Rectificado**. No obstante, engastado en su corazón, se encuentra un **cuarto círculo**, protegido bajo el velo del misterio, y que es el ***non plus ultra***: la Orden de los Elegidos Cohen. Pero no es posible ninguna confusión. Aunque **situada en el centro del Régimen Rectificado**, la Orden Cohen no es el Régimen Rectificado; pasando del uno a la otra se cambia a un mundo distinto. En particular, Willermoz se apresuró a proscribir en las clases del Régimen todo lo que pudiera aparentar el menor resquicio de prácticas teúrgicas, como por ejemplo la cábala o la alquimia, siendo estas prácticas exclusivas de la Orden Cohen.

Lo que en contrapartida, tanto la Orden Cohen como el Régimen Escocés Rectificado tienen en común, es la doctrina de la reintegración, esta "ciencia del hombre", tomando la expresión de Joseph de Maîstre, que la Masonería tiene por función enseñar y poner en práctica iniciáticamente. Su substancia iniciática, y por consecuencia, su ritual iniciático, están enteramente fundamentados sobre: 1) la caída del hombre de su estado glorioso original, y 2) su retorno, su reintegración, por medio de la iniciación a ese estado primitivo, iniciación, que para poderse operar exige la intercesión y la acción del "Gran Reparador", que es el Cristo.

La doctrina de la reintegración, Willermoz la ha recibido de las enseñanzas de Martinez. Pero la recibió también de la lectura de las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. En efecto, lo que no es muy conocido, es que Willermoz tenía una sólida cultura religiosa; fue educado en los Jesuitas, y a pesar de su precoz actividad profesional, no dejó nunca de tratar de instruirse, lo que podía hacer con facilidad pues contaba con varios clérigos en su propia familia, por no hablar de su entorno masónico. Es así, que el fondo masónico de Lyon conserva sus notas de lectura sobre los Padres de la Iglesia, en particular los Padres griegos (cuyas traducciones eran menos raras de lo que se cree comúnmente). Ahora bien, el tema de la caída y la reintegración es lo que los Padres han expresado, según san Irineo de Lyon, por el tema de la "imagen y semejanza". El hombre ha sido creado a imagen de Dios y según su semejanza; la caída le ha hecho perder la semejanza, pero la imagen, huella divina, permanece inalterable; queda pues readquirir o reconquistar la semejanza. Tal es el objeto y el fin de la iniciación: el retorno de la deformidad a la conformidad, del estado caído al estado anterior a la caída.

Todo el sistema elaborado por Willermoz, es decir, el Régimen Escocés Rectificado, está modelado, y sus formas adaptadas, para permitir a la iniciación operar de ésta manera.

Además, Willermoz, convencido de que la inteligencia es un talento recibido de Dios – talento que según la parábola evangélica, el hombre tiene la obligación de hacer fructificar – dobla el proceso iniciático por un proceso pedagógico: redacta una serie de "instrucciones" que se suceden de grado en grado, a fin de exponer gradualmente y de manera cada vez más clara y completa esta doctrina de la reintegración en todos sus aspectos, no ya solamente antropológicos, sino también cosmológicos y teosóficos. Estas instrucciones culminan en la Instrucción secreta a los Grandes Profesos, donde estalla su genio metafísico, como también por otra parte en las instrucciones de las "lecciones de Lyon" que son de su cosecha; ya que da de la metafísica de Martinez una presentación particularmente luminosa.

Las mismas cualidades: lógica, claridad, sentido de los matices, calidad de expresión, caracterizan el Preámbulo, verdadero discurso/programa que pronunció ante el Convento de Wilhelmsbad, el 29 de julio de 1782, a fin de presentar a la vez el Régimen y su inspiración. Willermoz estaba verdaderamente dotado tanto para los conceptos y la escritura como para la organización; era con evidencia un espíritu de primer orden.

Lo que sin embargo resulta importante remarcar con fuerza es que Willermoz nunca reconoció ser el verdadero autor de las instrucciones de las que era redactor, siempre creyó, al igual que afirmaba Martinez, no hacer más que transmitir una muy antigua tradición, casi inmemorial. De hecho, tanto para

uno como para el otro, ésta tradición, es decir, a la vez la doctrina, que es la ciencia del hombre, ciencia de la reintegración del hombre y la iniciación que va con ella, son el hecho de un único "**Alto y Santo Orden**", cuyo origen es tan antiguo como el mundo, y del que, **tanto la Orden de los Elegidos Cohen como el Régimen Escocés Rectificado, son simples manifestaciones temporales**, de ahí su harmonía de alguna manera preestablecida. Alto y Santo Orden, cuya función es la de restablecer el verdadero Templo, el templo del Hombre donde reside el Espíritu, por y en Cristo – otra manera de describir la reintegración.

Cuando murió en 1824, a la venerable edad de 94 años, quizá Willermoz tuviera el sentimiento de que su obra se extinguiría con él, o que simplemente se había extinguido ya antes. Sabemos que no fue así, y que el Régimen Escocés Rectificado, en todas sus clases, retomó más tarde fuerza y vigor, sin hablar de la Orden de los Elegidos Cohen que excedería el campo del presente estudio. Sin embargo, podemos ahora decir – lo que no era forzosamente cierto hace solamente cien años atrás – que la obra de Willermoz ha estado siempre, y ahora más que nunca, de absoluta actualidad.

Bibliografía sumaria

La Franc-Maçonnerie, nº 19 de la revista "Dix-huitieme siècle" (Garnier, 1987). En especial el artículo de L. Hammermayer, La Crise de la Franc-Maçonnerie européenne et el Convent de Wilhelmsbad.
Actes du Convent national des Gaules tenu à Lyon (1778). E. Mazet en Travaux de la Loge nationale e recherches Villard de Honnecourt, nº 11, 2ª Serie, 1985.
Actes du Convent de Wilhelmsbad (publicadas parcialmente por J.-F. Var en Les Cahierst Verts, boletín interior del Grand Prieurè des Gaules, núms. 7 (1985) al 9 (1988). Existe traducción española publicada en "Cuadernos Verdes" núms.: 1, 2 y 3 del Gran Priorato de Hispania.
Les Leçons de Lyon aux Elus Coëns, un cours de martinisme au XVIIIe siècle, par Louis-Claude de Saint-Martin, Jean-Jacques du Roy d'Hauterive, Jean-Baptiste Willermoz (Impreso y editado por R. Amadou, París, Edit. Dervy Livres, 1999)
Robert Amadou, Honnête homme, parfait maçon, excellent martiniste, Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824) L'Initiation, 1985, nº 3.
Robert Amadou, Anthologie de Jean-Baptiste Willermoz (L'Initiation, 1985, nº 4).
Robert Amadou, Martinisme (2e éd. Les Auberts, Institut Eléazar, principalmente el Capít. I, II y III).
Antoine Faivre, L'Esotérisme au XVIIIe siècle en France et en Allemagne (Paris, Seghers, 1973).
Idem. en varios capítulos en Accès de l'ésotérisme occidental (2ª edición. Paris, NRF, 1996).
Alice Joly, Un mystique lyonnais et les secrets de la Franc-Maçonnerie, 1730-1824 (Mâcon, Protat, 1938; reimpresión Paris, Demeter, 1986).
René Le Forestier, La Franc-Maçonnerie templière et Occultiste aux XVIIIe et XIXe siècles (Edit. A.Faivre, Paris, Aubier-Montaigne, 1970, reimpresión, Paris, La Table d'Emeraude, 1987).
Steel-Maret, Archives secrètes e la Franc-Maçonnerie (Lyon, 1893 – reedición R.Amadou, Genève, Slatkine, 1985, con una introducción: De l'Ordre, Présentation du Régime Ecossais Rectifié).
Gérard van Rijnberg, Episodes de la vie ésotérique, 1780-1824 (derain, 1948; reimpresión "Les Introuvables", Ed. d'Aujourd'hui).
Paul Vuilliaud, Les Rose-Croix lyonnais au XVIIIe siècle (Nourry, 1929).
Jean-François Var, L'Essor de Phénix, Jean-Baptiste Willermoz et la naissance du Régime Ecossais Rectifié (Travaux de la Loge nationale de recherches Villard de Honnecourt, nº 19, 2ª Serie, 1989).
Idem. L'Esotérisme chrétien et le Régime Ecossais Rectifié (Travaux de la Loge nationale de recherches Villard de Honnecourt, nº 31, 2ª Serie, 1995).
Idem. Jean-Baptiste Willermoz, son oeuvre (Cahier Geoffroy de Saint-Omer, Grande Loge Réguliére de Belgique, Nivelles, 1982). Existe edición española: "Jean-Baptiste Willermoz, su obra", Marsay Ediciones, Sevilla, 2001.

RESEÑA BIOGRÁFICA DE LOUIS CLAUDE DE SAINT-MARTIN

Por Jean-Baptiste Modeste Gence[2]
(1824)

Saint-Martin (Louis-Claude de), sabio y profundo espiritualista, llamado el *Filósofo Desconocido*, nació en Amboise, de una familia noble, el 18 de enero de 1743. Debe a una bella madrastra los primeros elementos de una educación suave y piadosa, que le hizo, como decía él, amar durante toda su vida a Dios y a los hombres. En el colegio de Pont-Levoy, donde ingresó tempranamente, el libro que más le gustó fue el de Abadie, titulado *El Arte de conocerse uno mismo*: es a la lectura de esta obra que atribuye su desapego de las cosas de este mundo. Pero destinado por sus padres a la magistratura, se dedicó, en sus estudios de derecho, más bien a las bases naturales de la justicia que a las normas de la jurisprudencia, cuyo estudio le repugnaba. A las funciones de magistrado, a las cuales había creído deber dar todo su tiempo, prefirió la profesión de las armas que, durante la paz, le dejaba momentos de ocio para ocuparse en meditaciones y en el conocimiento del hombre. Entró como funcionario, a los veintidós años, en el regimiento de Foix, en la guarnición de Burdeos.

A pesar de su gusto por la filosofía interna, una carrera no menos activa que la de los ejercicios militares se abrió a él. Iniciado por las fórmulas, ritos, prácticas y operaciones llamadas *teúrgicas* que dirigía Martinez de Pasqually, jefe e impulsor del movimiento "Martinezista", le exclamaba a menudo: "Maestro, ¿todo esto es necesario para conocer a Dios?" Esta vía, que era la de las manifestaciones sensibles, no le seducía a nuestro filósofo. Fue, no obstante, por esta puerta que entró en la vía del espiritualismo. La doctrina de esta escuela, cuyos miembros tomaban el título hebreo de *Cohen* ("sacerdote"), y que Martinez presentaba en instrucciones secretas cuya tradición había recibido, se encuentra expuesta, de una manera misteriosa, en las primeras obras de Saint-Martin, y sobre todo en su *Cuadro natural de las relaciones entre Dios, el hombre y el universo.*

Tras la muerte de Martinez, la escuela fue trasladada a Lyon. Aquí, Saint-Martin, armado de una doctrina opuesta a aquella de los Enciclopedistas que luchaban por propagar sus ideas, destinado hasta cierto punto a combatir el ateísmo filosófico, comenzó a atacar las bases del materialismo revolucionario publicando su libro *De los Errores y de la verdad*. Al destruir las doctrinas erróneas de una pretendida filosofía de la naturaleza y de la historia, llama al hombre

---

[2] El texto fue publicado por primera vez en la *Biografía Universal* de Michaud, Volumen XL, 1824, aunque de forma sesgada. Su autor, amigo personal de Saint-Martin, volvería a publicar el texto completo introduciéndolo con estas palabras: *"Las obras del Filósofo Desconocido pudieron ignorarse o despreciarse por la clase de los literatos vulgares, o incluso por el pueblo de los filósofos (ya que hay también entre estos últimos un pueblo), en quien la inteligencia, puramente racional, no percibe nada más allá de los sentidos. Pero los meditativos, que se elevan por el espíritu a verdades de un carácter superior donde reciben en ellos el conocimiento, supieron probar y apreciar los libros de nuestro teósofo, ya sea en Francia, en Alemania, en Inglaterra e incluso fuera de Europa. Los que conocieron personalmente al autor, no menos sencillo y modesto que sabio y profundo, también lo reverenciaron y amaron. Me felicito haber sido de esos. Es en este respecto que me he encargado de consagrarle una reseña imparcial en la Biografía Universal. Pero tuve el dolor de ver esta reseña desfigurada y la doctrina del autor tergiversada, sus motivos desvirtuados, sus sentimientos calumniados; y finalmente se osó agregar el plagio a la ofensa. No puedo sino apresurarme en restablecer y publicar aquí el prospecto en su integridad, para el honor del respetable personaje que es su objeto, y para el de sus honestos amigos, quienes tienden a comprometer la injuria hecha a su memoria y a su religión".*
Esta reseña fue publicada de nuevo en 1902 por Papus, que la reprodujo en su obra: *Luis-Claude de Saint-Martin, su vida, su vía teúrgica, sus obras, su obra, sus discípulos* (p. 213-226), y más tarde en el número de febrero de 1903 de la revista *L'initiation*.

a la verdad basada en el principio mismo de la ciencia y en la naturaleza del ser intelectual; y hace uso de las tradiciones de las Escrituras solamente como pruebas corroboradas, o enigmáticamente, de forma que los lectores que estaban más imbuidos de las teorías del Barón d'Holbach no se sintiesen repelidos. La escuela de Pasqually, cuyas operaciones cesaron en 1778, vino a fundirse en París en la sociedad de los G. P. [Grandes Profesos del Régimen Escocés Rectificado] o en la de los Philalèthes, profesando ostensivamente la doctrina de Martinez y Swedenborg, teniendo menos importancia la búsqueda de la verdad que la realización de la Gran Obra. Saint-Martin fue invitado en 1784 a estas asociaciones, pero se negó a participar en las operaciones de sus miembros, a quienes juzgaba de hablar y no actuar, como simples francmasones especulativos, y no como verdaderos iniciados (es decir, unidos a su Principio).

Saint-Martin seguía de buen grado las reuniones en donde se ocupaban, de buena fe, de los ejercicios que anunciaban virtudes activas. Las manifestaciones de un orden intelectual, obtenidas por la vía sensible, le revelaron en las sesiones de Martinez una ciencia de los *espíritus;* las visiones de Swedenborg, de un orden sentimental, una ciencia de las *almas*. En cuanto a los fenómenos del magnetismo sonambúlico que siguió en Lyon, los consideraba como de un carácter sensible inferior, pero creía en ellos. En una conferencia que tuvo con Bailly, un Comisario informante, para convencerle de la existencia de un poder magnético no sospechado por la inteligencia de los enfermos, dice que citó operaciones hechas sobre caballos que se trataban entonces con este método. Bailly le respondió: "¿Cómo sabe usted que los caballos no piensan?"

Aficionado a todo lo que podía hacerle reconocer una verdad, sobre todo en las ciencias sujetas a principios exactos, el estudio de las matemáticas, al que Saint-Martin se ocupó para descubrir el espíritu que podía ocultar el conocimiento de los números, lo condujo a establecer amistad con Lalande; pero sus puntos de vista eran muy antagónicos: duró poco. Aunque no creyera en el arrogante ateísmo de Lalande, veía, sin embargo, lugar para verse confundido cada vez más por su sistema. Nuestro filósofo concordaba mejor con J.-J. Rousseau, a quien había estudiado. Pensaba, como él, que los hombres eran naturalmente buenos: pero entendía que por su naturaleza estaban originariamente perdidos, pero que podían recuperarse a través de su voluntad, ya que los juzgaba, en este mundo, más bien perdidos por el hábito vicioso que por la maldad. A este respecto, se asemejaba poco a Rousseau, al que observaba como misántropo por exceso de sensibilidad y viendo a los hombres no tal como eran, sino tal como él quería que fuesen.

Por su parte, Saint-Martin amaba a la humanidad como siendo posiblemente mejor de lo que aparentaba ser y, con la influencia de una élite buena, pensó que las reuniones sociales podrían ayudarnos a tomar una conciencia más íntima de nuestros Principios. Por eso sus ocupaciones, como sus placeres, se ajustaron siempre a esta disposición. La música instrumental, paseos campestres, conversaciones amistosas, eran el solaz de su espíritu; y los actos de beneficencia, los de su alma. Nada poseía y siempre tenía alguna cosa para dar, y recibía siempre más satisfacción de la que daba. En sus conversaciones encontraba siempre algo que aprender. De igual forma en sus encuentros con personajes distinguidos debido a su alto rango (como el marqués de Lusignan, el mariscal de Richelieu, el duque de Orleáns, la duquesa de Borbón, el caballero de Bouflers, etc.), que con razón hallaban su espiritualismo demasiado elevado para el espíritu del siglo. A estas personas afirmó que debía la confirmación y desarrollo de sus ideas a los grandes principios que había estudiado, permitiéndole estar en armonía consigo mismo y con los demás, así como estar libre de prejuicios. Con esta forma de pensar viajó, como Pitágoras, para estudiar al hombre y a la naturaleza, y para enfrentar el testimonio de los otros con el suyo. Era él quien podía realmente aplicar más la divisa de Jean-Jacques: *Vitam impendere vero.* Consagrado completamente a la búsqueda de la verdad, meta

constante de sus estudios y sus obras, Saint-Martin dejó por fin el servicio militar para dedicarse totalmente a su objetivo, y al ministerio espiritual, por decirlo así, al cual se sentía llamado.

Fue en Estrasburgo donde, por voz de una amiga (Mme. Boecklin), tuvo conocimiento de las obras del filósofo teutónico Jakob Böhme, considerado en Francia como un visionario, estudiando a una edad avanzada la lengua alemana a fin de entender y traducir para su uso, al francés, las obras de este famoso iluminado. Aquí descubrió lo que, en los documentos de su primer maestro, no había hecho más que entrever. Siempre posteriormente lo consideró como la mayor luz humana que había aparecido.

Saint-Martin visitó Inglaterra, donde se vinculó en 1787 con el embajador Barthélemy, y conoció a William Law, editor de una versión inglesa y de un resumen de los libros de Jakob Böhme. En 1788 hizo un viaje a Roma con el príncipe Alexis Gallitzin, quien dijo al Sr. Fortià d'Urban estas notables palabras: "Sólo soy verdaderamente un hombre desde que conocí al Sr. Saint-Martin." De vuelta de sus excursiones en Italia, Alemania e Inglaterra, no pudo negarse a aceptar la cruz de San Luis, de la cual no se creía digno, pues pensaba que le era concedida más por la nobleza de sus sentimientos que por sus servicios.

La Revolución, en sus distintas fases, encontró a Saint-Martin siempre igual, yendo derecho a su objetivo: *Justum et tenacem propositi virum*. Sostenido por sus principios por encima de consideraciones sobre el origen del nacimiento o de opiniones, nunca emigró. Mientras soportaba con horror los desórdenes y excesos cometidos por la anarquía y el despotismo, creía que el bien emergería de esta revolución por los designios de la Divina Providencia. Fue en la época de 1793, cuando el espíritu de la familia parecía estar, como la sociedad, en disolución, que Saint-Martin proporcionó sus cuidados constantes y otorgó sus últimos deberes a un padre impedido y paralítico. Al mismo tiempo, a pesar de las estrecheces de su moderada fortuna, contribuyó en calidad de ciudadano a las necesidades públicas de su municipio. De vuelta a la capital, habiendo sido incluido en un decreto de expulsión contra los nobles, se somete a él y abandona París.

Mientras que la mayoría de los hombres se ocupaban de los intereses políticos que agitaban Europa, él intercambiaba correspondencia sobre objetivos elevados y abstractos, pero importantes por su influencia sobre el destino y la naturaleza del hombre, con un barón suizo, miembro del consejo soberano de Berna (véase "Kirchberger" en la *Biografía universal*). Viviendo en solitario, separado de sus relaciones, en medio de un mar de pasiones tempestuosas, se consideraba en su aislamiento como el *Robinson Crusoe* de la espiritualidad. Sin embargo, una supuesta conspiración de una asociación religiosa, bajo el nombre de la *Madre de Dios*, le expuso entonces ante la justicia revolucionaria y no obtuvo refugio ante una orden de detención. Afortunadamente, el 9 de Termidor lo salvó (onceavo mes del calendario republicano francés: del 19 de julio al 17 de agosto). Su correspondencia con el barón suizo, naturalista y filósofo religioso, que inclinado hacia las manifestaciones exteriores y sensibles le cuestionaba sobre estas materias, habría podido convertirle en sospechoso, aunque el filósofo espiritual siempre conducía a sus amigos de vuelta al sentido moral interior y hacía referencia a su muy amado Böhme. Se vincularon íntimamente sin haberse conocido nunca personalmente, e intercambiaron recíprocamente sus retratos. Durante el descrédito sufrido por las acusaciones, el Francés aceptó de Suiza, pero solamente en depósito, la oferta de una suma en efectivo, a la que su filosofía, o más bien la fe evangélica, le había enseñado a poder prescindir. Tras considerar la firmeza de Jean-Jacques, encontraba poco decoroso en la boca de un hombre que predicaba tanto la beneficencia poder rechazar la ayuda. Saint-Martin, por su parte, ofrecía generosamente a Suiza, donde la casa de Morat fue saqueada por la invasión francesa, varias partes de platería que tenía.

Fiel a sus deberes públicos y a los de la amistad, prestaba su servicio en la guardia

nacional en 1794 cuando fue encarcelado el hijo de Luis XVI. Se le había incluido, tres años antes, en la lista de los candidatos para la elección de un gobernador del Delfín. En mayo de 1794, encargado de elaborar el estado de la parte otorgada a su municipio de los libros procedentes de los depósitos nacionales, lo que le interesó sobremanera, es que haya riquezas espirituales en una obra sobre la *Vida de la hermana Margarita del Santo-Sacramento*.

Hacia el final del mismo año, aunque su calidad de noble le prohibiera la estancia en París hasta que llegara la paz, fue designado por el distrito de Amboise como alumno en las Escuelas oficiales destinadas a formar profesores para la enseñanza pública. Después, como Sócrates, de haber consultado a su intuición, Saint-Martin aceptó esta misión con la esperanza, decía, de que podría, con ayuda de Dios, ante la presencia de dos mil auditores animados de lo que llamaba el *spiritus mundi*, desplegar provechosamente su carácter de espiritualidad religiosa y combatir con éxito la dominante filosofía material y anti-social. Requerido para volver a entrar en la capital, hubo de hacerlo, en efecto, con objeto de defender y desarrollar la causa del sentir moral contra la doctrina del sentido físico o el análisis del entendimiento humano. La piedra que lanzó, como él mismo dijo, a la frente del filósofo analítico, no se perdió; y resuena todavía en los debates que llegan hasta nosotros hoy en día (*Correspondencia inédita de Saint-Martin con Kirchberger*, 19 de marzo de 1795).

Retornando pacíficamente y con honor a su departamento, formó parte en 1795 de las primeras asambleas electorales, pero no fue miembro de ningún cuerpo legislativo. La paz entre Francia y Suiza le volvió más activo en su relación con Berna, que le sirvió de intermediario para otra correspondencia de predilección con Estrasburgo, suspendida por las circunstancias. Era también, más que nunca, entre los dos amigos, un intercambio de explicaciones, para uno sobre el texto de Jakob Böhme y para el otro de explicaciones sobre la doctrina de Saint-Martin. Los escritos de nuestro filósofo tenían necesidad de ello, incluso en donde parece más claro y donde las características de luz que hace brotar le dejaban a veces un deseo de expresarse más abiertamente.

En medio de esta revolución con respecto a la cual decía, en su lengua espiritualista, que Francia había sido "la primera visitada" y muy severamente, porque había sido la más culpable, él se atrevió a emitir principios bien diferentes de los que entonces se profesaban, aunque diera el ejemplo de la sumisión al orden establecido. En su *Destellos sobre la asociación humana*, entre otros, muestra la base luminosa del orden social en el régimen teocrático como la única verdad legítima. Pero nunca tuvo propósito de fundar ningún grupo. Sus escritos anónimos eran todavía los del Filósofo Desconocido: los distribuía a algunos amigos y les recomendaba secreto. Su propósito en la elevación y referencia a Dios como principio de toda autoridad era simplemente recordar a todos los hombres (desde los más humildes a los príncipes), la unidad del Principio cuya ley encontramos dentro de nosotros, sin necesidad de buscarla en libros propios o ajenos.

La introspección espiritual que el hombre busca para alcanzar en sí mismo el conocimiento del Principio de todo lo que es real (una visión más bien distante de la mera intuición racional de Kant), es la idea cuyas reglas se recogen en sus escritos, bajo la cual ocultó su filosofía, puesto que el tema podía prestarse a la sátira. Un tono de alegría, que se le escapa y que se reprocha, estaba más bien en su humor que en su faceta de espíritu meditativo, y en su carácter llevado a la bondad. Había leído también las *Meditaciones* de Descartes y las obras de Rabelais. Gustaba tanto más de visitar los lugares donde habían nacido, pues eran de su misma región. Se explica así cómo su gravedad se podía derivar a la composición de *El Ministerio del Hombre-Espíritu*, obra tanto de lo más seria como de lo más elevada, y *El Cocodrilo*, poema grotesco de lo más raro, incluso después de Rabelais: es una ficción alegórica, que habla del bien y del mal, y que encubre, bajo una envoltura de magia, instrucciones y una crítica donde la

verdad demasiado desnuda habría podido herir cuerpos científicos y literarios. En medio de esta novela enigmática e indeterminada se encuentran ochenta páginas de una metafísica luminosa y profunda relativa a la cuestión de la *influencia de las señales sobre la formación de las ideas,* propuesta por el Instituto. El debate de esta cuestión trae resultados singulares por los conceptos extraídos en parte del orden espiritual a los cuales afecta, como el *deseo,* previo o superior a la idea, etc.; conceptos que apoyan más poderosos motivos.

En esta época, las visiones y sentimientos elevados que le hacían admirar a su buen filósofo alemán, se extendían incluso a las cuestiones de orden natural que trataba. Sus reseñas, que se han convertido en las más fecundas, llevan a descubrir, bajo la naturaleza temporal y visible, un mundo interior e invisible que se debía manifestar, según ellas, por la cultura, en el hombre intelectual y moral que no podía seguir siendo extraño a ninguna ciencia. Él seguía el progreso de los descubrimientos en cada género de conocimientos, y comparaba los datos con aquéllos que había adquirido con Jakob Böhme y en sus propias reflexiones. Excavando así en un mundo desconocido fue como compuso y produjo *El Espíritu de las cosas*, donde se esfuerza en levantar una esquina del velo y lanzar algunos atisbos sobre una naturaleza que creía haberse revelado, por una especie de inspiración divina, a la mirada de Böhme. Se concibe, en esta hipótesis, que las ciencias, cuyo círculo había recorrido, entonces menos avanzadas que hoy, si le habían excluido del conocimiento del hombre interior que se le había revelado por medio de la meditación, debían estar atrasadas en varias de sus explicaciones que no concuerdan siempre con sus nuevos descubrimientos, independientemente de que éstos se alejen necesariamente de las opiniones recibidas.

A pesar del alcance de sus conocimientos y la originalidad de sus ideas que hacía retrotraer todo a su espiritualismo, se admiraba en Saint-Martin un sentido recto y una modestia simple y agradable. Su carácter tierno y espíritu comunicativo le garantizaba muchos partidarios, pero él no intentaba convertir a nadie, quería solamente que sus discípulos fuesen amigos (amigos no de sus libros, sino de él mismo). Mantenía un diario de sus amistades. Sus traducciones hechas de su estimado filósofo servirían como provisión para los días posteriores cuando le achacase la edad, por eso también consideraba a sus nuevos amigos como adquisiciones y se estimaba rico en virtud de sus relaciones. Al observar su talante humilde y su exterior simple, no se sospechaba a primera vista de su profundo conocimiento, su extraordinario esclarecimiento y sus exaltadas virtudes. Pero su candor, la calma en la conversación y la atmósfera benéfica que parecía expandir a su alrededor, ponían de manifiesto la sabiduría (al nuevo hombre formado por una sólida filosofía y religión…).

Los amigos de la moral gustan en acordarse de una conversación que tuvo el Sr. de Gérando con nuestro filósofo sobre los espectáculos (*Archivos literarios*, n° III, 1804). Saint-Martin les había amado mucho. A menudo, durante los quince últimos años de su vida, se había puesto en marcha para gozar de la emoción que le prometía la vista de una acción virtuosa puesta en escena por Corneille o Racine. Pero al mismo tiempo le venía el pensamiento de que no era en la sombra de la virtud donde lograría comprar el goce, y que con el mismo dinero podía realizar la imagen. Nunca había podido, decía, resistir a esta idea: contemplarse como un infeliz y abandonar el valor de su ser íntimo, y volver a entrar en él mismo, satisfecho y dándose por bien pagado de este sacrificio.

Se puede juzgar que las esperanzas de un hombre que tenía un hambre tan viva de las realidades no podían sino crecer con la edad. Por eso decía que entrado en su sesentena, en 1803, avanzaba, gracias a Dios, hacia los grandes disfrutes que se le anunciaban desde hacía tiempo. Se felicitaba haber conocido, aunque tarde, al autor de *Genio del cristianismo,* lo que confortaba a su religión de la reciente pérdida de La Harpe. Había tenido advertencias de un enemigo físico, el mismo que había llevado a su padre, pero distaba mucho de afligirse; y la

Providencia, decía, se había ocupado siempre muy bien de él para que no tuviera otra cosa que gracias para devolverle. La vista de Aunay, cerca de Sceaux, donde tenía un amigo, siempre le había ofrecido bellezas naturales que elevaban su espíritu hacia su modelo, y le hacían suspirar, como los ancianos de Israel que, al ver el nuevo Templo, lamentaban los encantos del antiguo. Una idea similar le había seguido en todo el curso de sus años, y su deseo fue conservarlo hasta el final.

Parecía presentir su fin. Una charla que había deseado tener, como profundo matemático sobre la ciencia de los números, cuyo sentido oculto lo ocupaba siempre, tuvo lugar en efecto con el Sr. de Rossell, por mediación del autor de esta reseña. Dijo, terminando: "Siento que me estoy yendo, la Providencia me llama. Estoy preparado. Las semillas que intenté sembrar fructificarán. Parto mañana para la campiña de uno de mis amigos. Doy gracias al Cielo por concederme el último favor que pedí". Entonces dijo adiós al Sr. de Rossell y estrecharon sus manos.

Al día siguiente, en efecto, volvió a la casa de campo del Sr. el conde Lenoir-Laroche, en el mismo Aunay que tanto había amado. Tras una ligera comida, retirándose a su habitación, tuvo un ataque de apoplejía. Aunque su lengua se desconcertaba, pudo sin embargo hacerse oír por sus amigos que acudieron y se reunieron ante él. Sintiendo que toda ayuda humana se volvía inútil, exhortó a todos los que le rodeaban a poner su confianza en la Providencia, y a vivir entre ellos en hermandad según los preceptos del evangelio. A continuación rogó a Dios en silencio y expiró sin agonía y sin dolor el 13 de Octubre de 1803.

Aunque Saint-Martin había sido bastante difundido, este filósofo era generalmente poco conocido en el mundo, tanto que los periódicos publicados anunciaron su deceso confundiéndole con Martinez de Pasqually, su maestro, muerto en Santo Domingo en 1779. Si bien el discípulo sobrepasó al jefe de una doctrina religiosa, sus sentimientos, como él dijo, estaban bien lejos de ser dictados con vistas particulares o exclusivistas. Todos sus discursos y escritos tenían por objeto, al contrario, poner de manifiesto que la vía de la verdad podía abrirse a todos los hombres verdaderamente cristianos por la meditación; no que Saint-Martin, como adelantó el autor de *Las Veladas de San Petersburgo*, no creyera en la legitimidad del sacerdocio cristiano, sino que pensaba que por todas partes la institución de Cristo podía operarse por la fe sincera por los poderes y los méritos del Redentor.

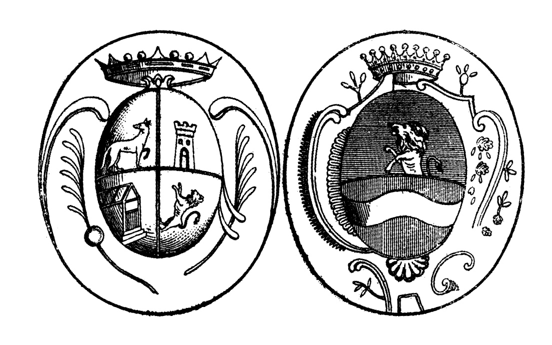
¿Cómo un escritor que profesaba un cristianismo así indulgente había podido incurrir, por otro lado, en la animadversión por parte de los pretendidos apóstoles de la tolerancia y la filantropía? Es que su religión no era ni política ni fingida; es que la claridad que emanaba de su convicción, a pesar de las nubes de las cuales parece haberse envuelto, ofuscaron las luces del filosofismo. Saint-Martin escribió mucho y en sus libros siempre se desarrolla gradualmente, con más fuerza y claridad, el carácter religioso cuya impresión llevan. Se comentaron mucho y fueron traducidos en parte, pero principalmente en las lenguas del Norte de Europa.

Se puede ver, en un vistazo general sobre la doctrina del autor, dónde cada uno de sus escritos ofrece un punto de vista particular, y no es sorprendente que espíritus extraviados por la pasión, o entregados a los errores de los sentidos, no hayan podido entenderlo ni saborearlo. Pero está permitido creer que a medida que las ideas morales y los sentimientos religiosos renacidos se simplifiquen purificándose por la influencia de una más amplia cultura del espíritu, se sentirá la necesidad de oponer un espiritualismo encendido y razonable a esta tendencia de las ciencias naturales hacia un materialismo que asigna a los órganos físicos facultades y funciones, y que hace, de agentes pasivos y ciegos, el principio de la actividad y la inteligencia.

Las obras de Saint-Martin tienen por objeto, no solamente explicar la naturaleza a través del hombre, sino también volver a traer todos nuestros conocimientos al Principio donde el

espíritu humano puede convertirse en el centro. La naturaleza actual, decaída y dividida consigo misma y con el hombre, conserva sin embargo en sus leyes, así como el hombre en varias de sus facultades, una disposición a reingresar en la unidad original. Por esta doble relación la naturaleza se pone en armonía con el hombre, así como el hombre se coordina con su Principio. De allí sigue que el *nosce te ipsum* debe abarcarse en la idea del *mí*, el concepto del *mí* racional y del *mí* espiritual. Este conocimiento no es pues la simple teoría de un tipo o *sujeto* de nuestras ideas, que Platón concluye del concepto de arquetipo, extraída ella misma de las ideas de unidad y del *objeto*. Descartes y Leibniz descienden también, por una idea común, del abstracto al sensible, pero después de haberse elevado del sujeto al objeto, el primero vía *concepción*, el segundo por vía de la *percepción*. Kant, no superando el límite de lo sensible, separa el objeto abstracto del sujeto, y lo deja en el rango de los conceptos generales de cuya razón intuitiva no puede dar cuenta. Según Saint-Martin, el hombre, tomado por sujeto, simplemente no concibe ni percibe el objeto abstracto de su pensamiento: él *recibe*, pero de otra fuente distinta a la de las impresiones sensibles. Además, el hombre que se recoge y se hace abnegado, por su voluntad, de todas las cosas exteriores, opera y obtiene el conocimiento íntimo del Principio incluso del pensamiento o la palabra, es decir, de su Prototipo, o del Verbo, del cual es originariamente la imagen y el tipo. El Ser divino se revela así al espíritu del hombre y, al mismo tiempo, se manifiestan los conocimientos que están en relación con nosotros mismos y con la naturaleza de las cosas. Es en esta naturaleza original donde el hombre se encontraba en armonía con su Principio, al que debe tender, por su obra y su deseo, reuniendo su voluntad a la del Reparador. Entonces la imagen divina se reforma, el alma humana se regenera, las bellezas del orden se descubren y se restablece la comunicación entre Dios y el hombre.

Se ve, según esta reseña de la doctrina de Saint-Martin, que el espiritualismo, cuya vía en primer lugar le había sido abierta por Pasqually, y a continuación se había nivelado por Jakob Böhme, no era ya la ciencia simplemente de los espíritus, sino la de Dios. Las místicas de la Edad Media y aquella de la escuela de Fénelon, al unirse por la contemplación a su Principio, seguían la doctrina de su maestro Rusbrock, estando absorbidas en Dios por el afecto. He aquí una puerta más elevada: no es solamente la facultad afectiva, es la facultad intelectual que conoce en ella su Principio divino, y por ella, el modelo de esta naturaleza que Malebranche veía no activamente en sí mismo sino especulativamente en Dios, y donde Saint-Martin descubre el tipo en su ser interior por una operación activa y espiritual, que es la semilla del conocimiento. Es hacia este objetivo que las obras del autor, en el orden de su composición, parecen dirigirse, señalando progresivamente, por la ruta que siguió, que se puede seguir en la misma carrera. Considerado en primer lugar como autor, y seguidamente como traductor, uno no es más que la prolongación o el complemento del otro, toda vez que es el mismo espíritu.



LAS LECCIONES DE LYON A LOS ÉLUS COHEN

(Extractos de 1.776)

7 de Febrero de 1.776[3]
Saint-Martin

"No estamos aquí sino para la operación, operemos pues".

La guía espiritual proporcionada al hombre después de su emancipación en los tiempos está revestida de todas las facultades necesarias para procurarle todos los socorros de los que tiene necesidad durante los viajes que debe realizar en los diferentes círculos temporales. Al reflejarse sobre la naturaleza de nuestras necesidades, es fácil conocer cuáles son los socorros que podemos recibir de dicha guía.

El hombre actual es un compuesto de dos naturalezas diferentes por el lazo invisible que encadena su espíritu a un cuerpo de materia. Su espíritu, siendo una emanación del principio divino, que es vida y luz, tiene la vida en él por su naturaleza de esencia divina eterna, aunque solo puede producir los frutos de esta vida que se encuentra en él por las influencias de la fuente de la que emana. Si no se hubiese separado jamás de su ley, no se habría apartado de su naturaleza de espíritu puro y simple, y para operar los hechos para los que había sido emanado no habría tenido que sufrir la acción de los seres inferiores a él. Pero estando manchado por su unión con el jefe de los seres de las tinieblas, fue precipitado en el centro de la materia, que había sido creada para servir de barrera y molestia a los primeros prevaricadores. Por eso ha sido revestido de un cuerpo tenebroso que le impide comunicarse directamente con el espíritu, puesto que no puede ejercer ninguna de sus facultades, ni recibir ninguna comunicación espiritual, si no es a través de sus órganos corporales. Ese cuerpo se encuentra sujeto a las enfermedades y a las dolencias. El hombre prueba, por tanto, los males corporales y espirituales. Los males de su espíritu son la ignorancia y el error sobre su propia naturaleza y la impotencia de no poder operar su ley de ser espiritual divino; los males de su cuerpo son todos los desórdenes que le sobrevienen y le impiden cumplir las funciones que le ordena el Menor. Es el crimen de nuestro primer padre y nuestras propias prevaricaciones lo que nos traen esos males. Debemos trabajar sin cesar en liberarnos, pero no podemos hacer nada por nosotros mismos, habiéndole sido quitada toda potencia al hombre debido al abuso que cometió, y como ha sido a causa de su malvada voluntad por lo que fue privado de su potencia, no existe otro medio para que le sea devuelta que purificar su voluntad y su deseo, no pudiendo recibir el bien más que a través de su guía, que es el único que puede curar sus enfermedades espirituales y corporales obteniendo de la misericordia divina el perdón de sus prevaricaciones. Esas son las tres cosas que debemos de pedirle sin cesar y que sólo él puede procurarlas. Él es órgano y agente de la operación divina en el tiempo; el número de su acción temporal es el 7, y tiene, por la potencia ternaria de la que está revestido, acción sobre las tres esencias espirituales que componen nuestra forma, y por su potencia cuaternaria actúa sobre el cuaternario espiritual menor. Pero ¿por qué este guía que actúa sin cesar sobre nosotros para nuestra curación, opera

[3] Les Leçons de Lyon aux Élus Cöens. Éditions Dervy. París, 1.999. Epígrafe nº 88, pág. 308-311.

con tan poca eficacia? Es porque no puede curarnos más que cuando nuestra voluntad concurre con su acción; por lo tanto es nuestra falta la que nos impide los efectos saludables. He aquí la prueba.

El hombre en su estado glorioso comunicándose con su principio, que le había establecido como jefe universal, recibía directamente la luz y la potencia, y todos los demás espíritus que le estaban subordinados eran sus órganos y agentes, a los que debía de aportar la luz en las tinieblas. Pero después de su caída, todo se ha invertido para él. Habiendo empleado su potencia cuaternaria y ternaria en varios usos falsos, fue privado de ellas siendo confundido con las producciones materiales de la tercera facultad divina. Tiene por tanto, entre su principio y él mismo, 1º) su cuerpo, 2º) su guía espiritual. La acción divina sólo le puede llegar a través de esos dos seres intermediarios. Las leyes divinas, siendo inmutables, las mismas por las que el hombre fue emancipado, deben cumplirse siempre, pero con la diferencia de que el hombre es actualmente un ser septenario, y es la forma corporal la que es el órgano del Menor. Si es viciada y mancillada, ya no puede servir al septenario, cuya acción sobre él queda sin efecto, como la voluntad del Menor sobre un brazo o pierna paralíticos. Por lo que el Menor queda como incapaz de servir de órgano a su guía, al mancillarse con el ser demoniaco. Este sólo comunica confusión y tinieblas allá donde se encuentra. Si el Menor no rechaza sus insinuaciones, y en lugar de buscar al ser verdadero, no se ocupa sino de perseguir objetos falsos e ilusorios, pierde poco a poco el ser receptáculo de la operación de su guía, puesto que el hombre es libre y su voluntad está en él, por lo que si en vez de solicitar los socorros que necesita, rehúsa los que le son ofrecidos, es imposible que goce de los mismos.

Sin embargo, mediante una voluntad pura puede recibir de su guía la fuerza y la luz, pero sólo en una medida proporcional a lo que sea necesario por el tiempo y los lugares en donde se encuentre; y no es más que sucesivamente y por gradación. Para ello, le queda toda la duración de los tiempos. La naturaleza material nos provee de ejemplos que pueden hacer comprender la razón. Cuando un hombre se cae desde lo alto de una casa, de un árbol o de cualquier elevación escarpada, la duración del tiempo de su caída es un instante, pero le hace falta mucho más tiempo para remontar esa caída. El primer hombre era puro espíritu, y su caída ha sido infinitamente más rápida que todo lo que puede caer materialmente. Se encuentra caído desde la extremidad superior de la creación a la extremidad más inferior, y es por lo que se necesita un tiempo muy largo para remontar. Tiene que pasar por todos los círculos temporales.

Nosotros estamos con las producciones materiales de la operación divina o del espíritu; aquí sólo alcanzaremos a conocer al espíritu, ya que estamos bajo su acción. Cuando se nos da a conocer toma una forma, porque en lo sensible sólo podemos ver cuerpos materiales o gloriosos. Después de la reintegración de las formas, conoceremos espiritualmente al Hijo, ya que estaremos bajo la acción directa de la segunda facultad divina. No conoceremos entonces al Padre o al pensamiento divino; no estaremos en comunicación directa con ese pensamiento más que cuando la acción del Hijo haya terminado de purificar a todos los seres, y no poseyendo ya ninguno vicios o manchas, o desorden y confusión, los reintegrará a todos en él. Para entonces, todos los seres habrán vuelto a la ley primera, y no habrá más división, no existiendo sino el reino de la unidad. La multitud innumerable de seres será reunida por una unidad de acción, que será rendir homenaje a la unidad representando el cuadro universal de sus leyes que operan fielmente, cada una en su clase, todo a la vista del Sol eterno, que actualmente permanece invisible para nosotros. Gozaremos de su luz y ya no tendremos que pasar del día a la noche; no existiendo ningún velo entre él y nosotros, nuestra visión, al igual que nuestra acción, podrá extenderse por toda la inmensidad divina sin conocer ningún límite, ya que gozaremos del infinito, y lo infinito no tiene límites. La consideración de nuestro Sol elemental

puede ayudarnos a convencernos de esa verdad: cuando estamos en su vista, su luz nos hace percibir los objetos a muy grandes distancias, porque la expande por todas las regiones temporales a la vez, a lugares donde en la noche no podríamos percibir, sin el socorro de una llama, más que a una cierta distancia de nosotros.

Estamos privados de la vista de nuestro Sol espiritual, no nos debemos desazonar por ello, puesto que para guiarnos y aclararnos en nuestras tinieblas espirituales, le ha sido dado a nuestro espíritu una llama como ayuda, con la que podemos descubrir y evitar los escollos y peligros de los que nuestro camino se encuentra repleto. Es nuestro guía espiritual del que la llama elemental es para nosotros la imagen sensible, pudiéndonos comunicar una luz infinitamente más fiable que la del Sol divino. Esto debe de ser así para el cumplimiento de las leyes de la justicia que nos condena a la privación, pero es suficiente, para nosotros, el dejar de dar falsos pasos y llenarnos con coraje y fuerzas a fin de continuar nuestro curso.

Pero esta luz es débil, aun siendo preciosa para nosotros, pues, si la perdemos, dejamos de saber dónde estamos; no poseemos otra regla para discernir si nos acercamos o nos alejamos de nuestro objetivo. Combatamos, por lo tanto, para desechar lejos de nosotros los velos con los que el espíritu perverso busca continuamente envolvernos para interceptar la claridad de nuestra llama. **Nuestras armas para este combate son la plegaria, el deseo del alma de volver a su principio, una continua atención para no hacer sino acciones conformes a nuestra naturaleza y una fe viva.**

La fe no consiste en creer lo que un hombre le dice a otro hombre; consiste en creer en nuestra naturaleza, en nosotros mismos, en creer en la potencia de nuestra alma, puesto que ella es una emanación del fuego divino eterno. Siendo de esencia divina, no puede perecer más que el mismo Dios. Es muy fácil sentir cómo nos ama Dios, puesto que somos una parte de él mismo. No puede abandonarnos, pero se puede preguntar por qué el hombre, que es una emanación del Ser perfecto, ha sido susceptible de imperfección y degradación. Qué hubiese sido necesario para que el hombre fuera incapaz de degradarse y que lo hubiese hecho igual a él. Entonces habría tenido varios dioses, lo que es imposible, ya que el Ser todopoderoso es necesariamente único. Verdaderamente hay seres inferiores al hombre que no saben jamás de su ley, no teniendo degradación. Pero su función es bien diferente. Poseen una ley que los constituyen y están para su cumplimiento, por lo que existen, pero no son responsables de los resultados de su operación porque no es por la voluntad por lo que operan su ley: es una acción superior a ellos lo que les hace actuar como lo hacen, conforme a su naturaleza. En cuanto al hombre, tiene una prerrogativa más noble, aunque peligrosa para él. Se encuentra revestido de todas las potencias divinas para operar la ley para la que ha sido emanado. Era maestro para emplear siempre sus potencias para el cumplimiento de esa ley, pero después de que quiso operar para realizar hechos contrarios a su ley, como sus potencias no estaban en él, sino que le habían sido dadas para hacer la voluntad de su principio, y no la suya, le fueron quitadas. He aquí porqué el hombre ha sido degradado, siendo el más grande de los seres después de Dios, porque él es libre. Porque en el estado de bajeza al que ha sido reducido, puede emplear su libertad para regresar a su ley, humillándose ante su principio y resignándose a todos los padecimientos que han seguido a su crimen, pudiendo así obtener el que sus potencias le sean restablecidas.

Miércoles 21 de Febrero de 1.776[4]
Saint-Martin

La vida temporal del hombre aquí abajo es una expiación, pero para que esta expiación se cumpla y le conduzca a su reconciliación, no es suficiente que pase el tiempo con indiferencia. Si se place en las tinieblas en donde se encuentra, si no se dirige hacia la luz, si no la desea, si no la pide, el tiempo que pasa así es un tiempo sin ningún fruto para él. Su reconciliación no puede serle acordada mientras que sienta que está separado de su principio y que está probando los padecimientos y sufrimientos que siguen a esa separación. Para tener una idea de esos padecimientos, sólo tenemos que fijarnos en nuestros deseos, puesto que el goce de los bienes de la materia abunda en el hecho de que nuestras posesiones no nos satisfacen jamás plenamente; que ello siempre está compasado de problemas y disgusto, así como de aburrimiento; que siempre deseamos cualquier cosa mejor, y así hasta el infinito, y ese deseo es una prueba de que no nos falta menos que el infinito para contentarnos, y que por tanto nos encontramos privados. No podemos tener un sentimiento inútil ya que éste sólo puede ser el efecto de la analogía de nuestro ser con el Ser infinito. Si no fuéramos de la misma esencia y estuviésemos destinados a permanecer íntimamente unidos a él ¿porqué ese Ser, que no hace nada en vano, nos proporciona un deseo que jamás queda satisfecho? Debe de haber, por lo tanto, para nosotros, un medio de conseguir lo que deseamos, pero sólo lo podemos alcanzar a través de la pena y el trabajo. Estamos sobre esta Tierra que ha sido maldita por el Señor a causa de la prevaricación de nuestro primer padre. Le ha sido dicho, a él y a toda su posteridad: "Tendrás que ganar tu pan con el sudor de tu frente. Habrías podido nutrirte eternamente de los frutos del árbol de la vida, pero has preferido nutrirte de los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal. Puedes recibir la comunicación del bien del que te has separado, pero tienes que esforzarte mucho más que cuando estabas unido a él. No lo conseguirás sino en proporción al trabajo que desarrolles para separarlo del mal que le es extraño. Eres un fluir de la fuente de la vida, tu alimentación proviene continuamente de la fuente de la que has salido, ¿cómo puedes recibir de aquélla lo que te alimenta, ya que fuera de esa fuente de vida no hay nada más que lo que es falso y no es sino apariencia? Tú no puedes dejar de ser, pero te encuentras entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso. Puedes elegir. Si persigues lo falso sólo obtendrás alimento falso que no te saciará, probando entonces los horrores del hambre y de la sed, te encontrarás sin fuerza contra tus enemigos, te encontrarás abrumado y sólo producirás acciones impotentes e inútiles para ti. Por el contrario, reconociendo que tu espíritu no puede vivir de la vida que le es natural sin ese pan de vida que le ha sido quitado, te humillarás ante el principio del que te has separado, pidiendo tu pan espiritual, y éste se te dará. Recibirás la luz para iluminarte en las tinieblas y la fuerza para defenderte de tus enemigos. Te sostendrá en todos los pases que des para ir hacia él. No podrás de un vuelo flanquear la inmensa distancia que hay entre él y tú. Has perdido tus alas, y debes de portar durante la ruta un fardo que tú mismo escogiste; sólo podrás ir a pasos lentos. Pero si continúas tu marcha evitando constantemente los senderos oblicuos que te son presentados y perseveras en seguir la línea recta que tienes en el centro, tú llegarás. Es un objetivo que encontrarás tras penas y fatigas".

Demos entonces las gracias al Ser todopoderoso para ser curados de nuestros males, sólo tenemos que quererlo y solicitárselo. Nos ha proporcionado un medio que siempre está a nuestra disposición: sólo tenemos que poner nuestra voluntad en acción, haciendo uso de nuestra palabra para rezarle, y esa palabra es un remedio vivo. Ella es preciosa, no solamente

[4] Les Leçons de Lyon aux Élus Cöens. Éditions Dervy. París, 1.999. Epígrafe nº 90, pág. 315-318.

porque nos sirve para obtener del Todopoderoso lo que necesitamos, sino que es la vida misma. Es por esa palabra por lo que somos hombres. Es una emanación del verbo eterno que ha dado la existencia a todos los seres y los anima. Si no empleamos esa palabra, es nula para nosotros. Si la empleamos mal, es decir, si nos dirigimos a seres sordos y malos o nos unimos a seres de abominación para realizar acciones contrarias a nuestra ley, nos aumentarán nuestros sufrimientos en proporción a lo que aumentemos de mancillación. Pero si nos servimos de nuestra palabra para unirnos a nuestra fuente, ella atraerá las potencias del verbo divino hacia sí, pero no podrá comunicar más que lo que esté emanado de él.

Además de la palabra, también ha sido dado un signo a los que han sido elegidos para operar particularmente el culto divino. Ese signo nos es figurado bajo Moisés por la sangre del cordero con que fue ordenado el pueblo hebreo enrojecer, por encima de las puertas de las casas, las dos jambas y el suelo, en la fiesta que fue instituida para celebrar la salida de Egipto, para que el Ángel exterminador que debía de producir la muerte a los primogénitos de Egipto se apartara de aquéllos que tenían el signo sobre sus puertas. Ese signo también es representado mediante la aspersión que el sacerdote realiza con la sangre de las víctimas poniendo sus dedos sobre los cuatro cuernos o ángulos del altar [Según S.M., el símbolo es así : :].

Ezequiel dijo también, narrando una de las visiones [“víctimas” es sin duda un lapsus, lo hemos corregido] que tuvo, que vio al ángel al que el Señor ordenó marcar con una Tau sobre la frente de los que gemían y lloraban por las abominaciones de Jerusalén, y que se ordenó a los otros ángeles seguir al primero y exterminar a todos aquéllos que no tuviesen el signo sobre la frente.

Después de la venida del Cristo, a los cristianos se les ha dado otro signo, que es el receptáculo ✢.

La diferencia que caracteriza esos tres signos puede servirnos para explicar lo que nos ha sido dicho en las instrucciones precedentes: que al hombre, habiendo caído desde el extremo superior de la unidad hasta el extremo más inferior, le queda todo el tiempo de duración para retornar a la unidad.

Esos tres signos son los emblemas de la unión de la cuátriple potencia sobre el hombre. El signo, bajo Moisés, de la sangre impuesta sobre los cuatro ángulos del altar, es el signo de la cuátriple potencia en su mayor subdivisión, puesto que hay cuatro puntos separados.

El signo bajo Ezequiel es más perfecto: la Tau es la 22 letra del alfabeto de la lengua hebraica, indicando por su número el cuaternario, y escribiéndose así: ת. Así forma cuatro líneas que no están separadas como los puntos : : , pero que son coherentes conjuntamente. Sin embargo, falta un centro.

El signo del Cristo, bajo la ley de gracia, ✢, es más perfecto, ya que no son solamente cuatro líneas unidas, sino que se corresponden con un centro común.

El signo de la reconciliación universal será la perfección misma, la unidad indivisible, el punto: • .

He aquí, en todos estos signos, la imagen de los diferentes grados que el hombre tiene que remontar para llegar a su centro. Estando arrojado de la unidad, se encuentra por debajo de todas las Potencias. Él estuvo, al comienzo de los tiempos, tras su crimen, en una privación absoluta. Pero las potencias divinas están cerca de él para proporcionarle los medios de readquirirlas, que ha necesitado hasta los tiempos de Moisés para remontar hasta las potencias divinas indicadas por el signo de la sangre sobre los cuatro ángulos del altar. Bajo Ezequiel reunió sobre él una mayor potencia, y aún fue más grande bajo la ley del Cristo, que es la ley de gracia, lo cual nos indica que los que vinieron en los primeros tiempos tuvieron mucho más trabajo que realizar, y que nosotros poseemos una gran ventaja por haber nacido en un tiempo en el que estamos más cerca de la unidad.

8 de Mayo de 1.776[5]
Willermoz (¿?)

El primer hombre, en su estado de emanación, era contemplativo, es decir que, siendo el jefe para dirigir todas las acciones temporales, veía cumplirse ante él todos los hechos que hacía operar por sus agentes. Él ha caído de ese estado de contemplación, puesto que ya no opera más esos hechos, y por el contrario hace que esos mismos agentes operen sobre él para restablecerle en la ley primera. Se halla actualmente bajo una ley de acción temporal, espiritual y corporal, en la que debe de perseverar constantemente para unirse a los agentes que accionan sobre él. Aquí debe, por tanto, actuar y evitar librarse a la contemplación de sus obras, aquellas buenas cosas que cree haber realizado, porque es el momento en el que el orgullo se manifiesta más fácilmente en él. Nunca debe de olvidar que eso fue lo que le hizo caer al primer hombre; que es en la contemplación de las obras maravillosas que debía de cumplir por sus órdenes que consiguió un sentimiento de complacencia y de orgullo, que le llevó a pensar que era por su potencia que esas obras habían sido hechas, en lugar de reconocer que no era más que por la potencia que le había sido dada por el Eterno, y fue en esos momentos cuando el ser perverso salió para aproximarse y presentarle un plan de operación malvada, que tuvo la desgracia de adoptar.

Si tenemos la dicha de hacer cualquier buena acción, de tener un buen deseo, de realizar una plegaria ferviente o de recibir cualquier favor de la gracia divina, no nos detengamos en la satisfacción en que nos podríamos encontrar al contemplar nuestro estado. Es el momento en el que el pensamiento del orgullo se nos sugiere. Si lo adoptamos, recaeremos en las tinieblas y el desorden. Redoblemos, al contrario, nuestra acción, porque cuando experimentamos algún bien, es cuando nuestro guía aprovecha de nosotros para comunicarnos los dones del espíritu. Se contenta entonces acelerando y aumentando nuestra junción con él más que cuando está distante, cuando estamos en el enfriamiento o en el desorden.

Nuestra acción debe de ser la plegaria y los gemidos del corazón que deben de hacer empujar el sentimiento de nuestros males, de nuestras privaciones, de nuestras imperfecciones, de nuestros desórdenes y de nuestra debilidad; lo que nos prueba que no estamos en nuestra ley de orden. Pero, no pudiendo rezar siempre a causa de los cuidados que exigen las necesidades de nuestro cuerpo, es necesario, al menos, librarnos de esos cuidados temporales, a veces tendiendo a nuestro principio por nuestros deseos, y como son las impurezas y las manchas las que nos han separado de él, debemos de combatir sin cesar para apartar y desechar de nosotros todo lo que sintamos contrario a nuestra ley para despojarnos de todo aquello que nos mancha. Es remontando así todos los obstáculos que nos impiden cumplir nuestra ley, que recobraremos el ejercicio y el espíritu se comunicará más íntimamente para devolvernos el uso de nuestras facultades.

No obstante, en tanto que el hombre se encuentre revestido con su cuerpo de materia, no podrá jamás tener de él al espíritu de unión perfecta. Esto no podrá tener lugar sin que el espíritu no opere la disolución de ese cuerpo, provocando así la destrucción de la barrera que los separa. Sin embargo, en tanto que esta forma que sirve de barrera subsista ¿qué comunicación puede haber entre el hombre y su guía, y de qué manera se realiza?

Dios no puede comunicarse con sus criaturas más que a través de todo lo que emana de él. Es igual que nuestro guía espiritual, que no puede volverse sensible a nosotros más que por sus emanaciones que nos llegan por los órganos de nuestra cabeza, y es así que podemos

[5] Les Leçons de Lyon aux Élus Cöens. Éditions Dervy. París, 1.999. Epígrafe nº 97, pág. 329-333.

concebir que ello se opera.

El principio de vida corporal se encuentra en la sangre; el corazón es el hogar de la sangre, y es donde probamos los sentimientos de dolor y de placer, de tristeza y de alegría.

El alma espiritual está ligada en su acción a ése principio corporal, pero domina sobre él, y la sede de esas operaciones del alma está en la cabeza, que se encuentra provista de todas los órganos de sus facultades. Es por estos órganos por los que se manifiestan todas las operaciones fuera de ella.

Ello hace que el hombre tenga el sentimiento de sus males en el corazón, que ese sentimiento llegue al alma, y que el alma se presente al ser espiritual encargado de su rehabilitación poniéndose en su aspecto para recibir lo que siente que le falta. Para entonces, los deseos y las plegarias de esta alma, que son sus emanaciones, se reencontrarán con las emanaciones de su guía, uniéndose, y ella recibirá así las virtudes e influencias divinas que ese ser está encargado de comunicarla.

Para dejarlo más claro, observemos lo que pasa en el universo, ya que debemos de encontrar la comparación de lo que acabamos de decir, porque somos la copia del pequeño y del gran mundo.

Aunque esta Tierra contiene todos los gérmenes de seres materiales, éstos son nulos, y no dan ninguna producción si no se une lo celeste y lo terrestre. La vida o principio de acción de los cuerpos reside en el fuego elemental contenido en la envoltura de los gérmenes; tal y como ya hemos dicho que la vida corporal del hombre reside en su sangre, es necesario, para que esos gérmenes puedan manifestar sus facultades, que sus fuegos particulares estén en unión con el fuego celeste, y podemos ver la prueba por la esterilidad de zonas de nuestro globo que no reciben la acción del sol o que la reciben débilmente. ¿Cómo se realiza la unión de esos diferentes fuegos?

Es mediante la evaporación o transpiración continua del cuerpo general terrestre. Es soltando una multitud innumerable de moléculas de todos los cuerpos particulares, que se elevan como vapores por encima de su superficie, presentándose en la región celeste. Llegando a ella, se reencuentran con las emanaciones de los cuerpos planetarios, uniéndose a ellos y convirtiéndose en lluvia, rocío, niebla u otras formas, aportando a la Tierra las partes ígneas mercuriales y salinas celestes con las que están unidas y comunicadas por las virtudes de esos cuerpos celestes las emanaciones que recibe. Pero los planetas no podrían comunicar ninguna influencia a la Tierra, si no recibieran las virtudes de los 7 agentes espirituales que los animan y mantienen su acción, y estos 7 agentes tienen sus virtudes a su vez en correspondencia con el principio divino.

Todo esto lo podemos aplicar al hombre, considerando el corazón como lo terrestre, la cabeza como lo celeste, y nuestro guía espiritual como lo supraceleste, puesto que él hace para la dirección del Menor la misma obra que los siete agentes de la creación para la dirección de los planetas.

Esta correspondencia continua de lo terrestre y de lo celeste, que actúan mutuamente lo uno sobre lo otro comunicándose sus emanaciones, proporcionan la fecundación de los gérmenes de nuestro ser espiritual. Es necesario el concurso de nuestra acción con la de nuestro guía, pero así como el celeste y el supraceleste no dan a la Tierra los gérmenes de los seres corporales, nuestro guía no nos da los gérmenes que debemos de producir. Nosotros los tenemos por nuestra emanación de la esencia divina pura y simple. Solamente hace salir lo que ya está en nosotros, devolviendo las virtudes y la potencia para realizar las leyes para las que estamos constituidos. No hacemos más que readquirir poco a poco lo que habíamos perdido, lo que prueba que somos seres de reminiscencia, porque cuando por primera vez se nos presentan algunas verdades que no habíamos percibido, sentimos una conformidad con nosotros mismos,

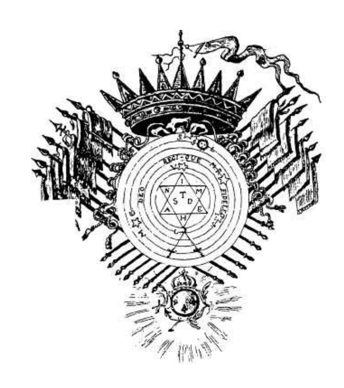
no viéndolas extrañas y, adoptándolas, las reivindicamos como un bien que nos pertenece.

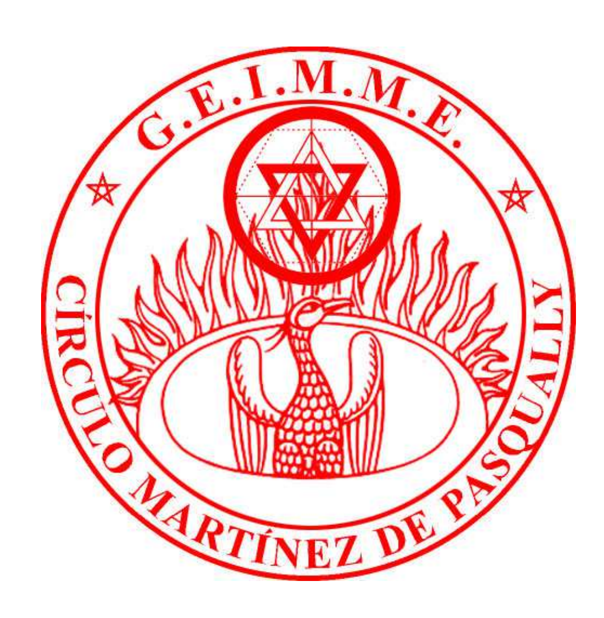
La naturaleza material nos proporciona aún una comparación que podemos aplicar. Tomemos como ejemplo un grano de cualquier árbol considerando al árbol como lo que ha nacido de él, y supongamos que tenga ojos y la facultad de ver. En tanto que está atado al árbol está en aspecto del cielo y de la tierra, pudiendo considerar todo lo que hay alrededor de él, por encima y por debajo. Contiene además el germen de todo lo que tiene que producir, con todas las leyes, siguiendo las cuales deben operarse las producciones que salgan de él mismo. Podemos considerar a ese grano en su clase como al Menor en una clase superior, antes de su incorporación a la materia.

Cuando el grano se encuentra atado al árbol, estando sembrado en el fondo de la tierra, entra en un lugar tenebroso, donde no puede ver nada, encontrándose por consiguiente privado de la contemplación de las obras de la naturaleza, en donde goza del pleno aire. Es sin embargo en este lugar tenebroso donde debe de ejercer su acción sobre todas las substancias que le circundan y ser reaccionado, para producir fuera de él todas las cosas que comprenden su ley.

En efecto, vemos salir un árbol que, cuando ha adquirido el crecimiento necesario, se cubre de flores, de frutos y de semillas, aunque la simiente que ha dado nacimiento a todo esto no se encuentra aniquilada, ya que existe en todas las partes del árbol y vuelto a su país natal vive en todas sus producciones. Esta semilla se multiplica produciendo un árbol, que porta una multitud de semillas semejantes que se reproducen a su alrededor. Es así como debemos de crecer y multiplicarnos espiritualmente; pero la multiplicación de los seres materiales, no es sino una imagen grosera, aunque fiel, de la manera como el espíritu crece y se multiplica. ¿Cómo concebir que podamos cumplir espiritualmente este precepto dado al hombre por el Creador?

Nuestra alma espiritual es, por su naturaleza, luz y verdad, que desciende entre las tinieblas, y es por su crecimiento y multiplicación que las hace desaparecer para volver luminosos a los seres que están entre tinieblas. El Menor no pierde su propia luz expandiéndola donde no está; por el contrario, la hace crecer, yendo a los seres para vivificarlos, extendiendo a su alrededor esa misma luz de lo próximo a lo próximo. Pero hasta que todas las tinieblas sean disipadas y la obra haya finalizado, el hombre debe de estar actuando siempre, recibiendo para poder dar; debe de estar siempre unido a la fuente de la que ha sido emanado para recibir sin cesar los derrames sin los que su propia luz, no siendo sostenida, se apagaría no pudiendo comunicarse más, apagándose como un arroyo que se separa de su fuente, dejando pues de regar y secando las tierras que anteriormente había vivificado.





"En cada uno [de nosotros] hay un hombre interior y un hombre exterior; el interior es el que se denomina hombre espiritual, y el exterior, el que se denomina hombre natural; uno y otro tienen que ser regenerados. En el hombre que no ha sido regenerado gobierna el hombre exterior o natural, y el interior sirve; pero en el hombre que ha sido regenerado gobierna el hombre interior o espiritual, y el exterior sirve. Está claro, pues, que el orden de la vida ha sido invertido en el hombre desde el nacimiento; a saber, que el que sirve debe gobernar y el que gobierna debe servir. Para que ese hombre pueda ser salvado, el orden debe invertirse; y esta inversión no es posible más que por la regeneración realizada por el Señor. [...] El Señor regenera primero el hombre interior y después el exterior, y éste por medio de aquél; pues el hombre interior es regenerado mediante el pensamiento de las cosas relativas a la fe y la caridad, y el exterior, por una vida acorde con ellas".

"La nueva Jerusalén y su doctrina celestial"
Emanuel Swedenborg

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas y Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA
geimme@arrakis.es